

parar tantas faetas, como palabras, para abrir heridas de amor, y de sentimiento en los corazones. Suena la voz de Antonio, y causa tanto terror al abismo, que parece un trueno sobre la rueda de su eternidad: *Vox tonitruui tui in rota.* (1) Vuela luego la noticia, de que en Antonio se ha descubierto un tesoro escondido; que el Nilo ha salido de madre, para inundar dichosamente con las aguas de su sabiduria todo el Egipto del mundo; que Antonio venerado hasta entonces como espejo solamente de purísimas virtudes, es tambien oráculo digno de ser oido de los Doctores; que junto albol de la vida se ha visto repentinamente florecer en su paraíso el arbol de la ciencia. Y cuántos argumentos desde este dia empezó à dar Dios de su ternura, y amor à Antonio? Las gracias gratis dadas con que le enriqueció, pueden ser prueba de quan acepto era à su Magestad; pues el Señor suele concederlas à sus grandes amigos, no menos para honrarlos, que para el comun beneficio.

El estilo de la Providencia es regularmente conceder estas gracias, pero segun el orden con que habla dellas el Apost. (2) A uno concede Dios la autoridad de hacer milagros, à otros el discernimiento de los espiritus: à este el don de lenguas, à aquel el conocimiento de los sucesos futuros. Con tal orden divide el Señor sus gracias, y favores à sus escogidos, que ni todos son Apostoles, ni todos son Doctores, ni todos son Profetas, ni à todos concede la gracia de curaciones, ni à todos hablar, y entender lenguages diferentes, ni à todos interpretar las Escrituras. Qué maravilla, pues, Oyentes! Y qué otro, que Dios mismo pudo hacerlo? Unir en su amado Antonio las gracias, que regularmente van dividas, no porque sean infociables, sino porque el Señor no acostumbra abrir su mano, para dejarlas salir juntas? Antonio cura enfermedades, Antonio descubre los secretos del

(1) Psalm. 36. (2) 1. Cor. cap. 12.

del corazon, Antonio penetra las Escrituras, Antonio previene los sucesos muy anticipadamente, Antonio habla en varias lenguas, Antonio obra maravillas, Antonio es lleno de una sabiduria celestial. Hablese de Apostoles, Antonio no solamente hace las funciones de Apostol, sino que de su escuela de fuego salen Apostoles al mundo, en la Persona de un San Bernardino, de un Capistrano, de un Jacome, de un Lobo, de un Panigarola, y en nuestros dias, de un Leonardo de Porto Mauricio. Trate se de Doctores, èl no solamente lo fue, sino que les abrió camino para serlo à un Buenaventura, à un Escoto, à un Ales, à un Mayron, à un Aureolo, à un Poncio, à un Maftrio, à un Licheto. Hablese de Magisterio, Antonio no fue Maestro como quiera, sino el primer Maestro instituido con patente del Serafico Patriarca. Fue el Maestro de los Maestros, el primer Catedratico, que desde la cathedra de las virtudes empezó à leer en la Religion de San Francisco, las sutilezas escolasticas, dogmaticas, y morales. Por su boca han hablado en las Universidades, y Academias literarias tan sabios Theologos, que han hecho enmudecer la heregia, y han desterrado la impièdad. De sus labios han aprendido las sentencias, con las quales han desbaratado el partido de la heregia, y han llenado de gloria al Vaticano. Si se trata de Martires, Antonio partiò à Marruecos por el laurel, y sino fue víctima de la tirania, lo fue del celo, y la caridad. Si se trata de Virgines, Antonio no solamente fue Virgen purísimo, sino que tuvo una virginidad pegajosa, pues comunicò à otros con el olor de su candido lirio el amor à la pureza. Si se trata del conocimiento de los secretos del corazon, Antonio no solo penetra los secretos del corazon, sino el corazon de los secretos, como se viò en Florencia, donde predicando en las exequias de un Avaro, dijo al Auditorio: (1) Id al lugar donde ha de-

(1) Cornejo, Chron. 2. p. cap. 30.

dejado su tesoro esse infeliz, y alli hallareis su corazon, pues quiero daros una prueba sensible de aquella sentençia, que he elegido por tema: *Ubi est thesaurus tuus, ibi est & cor tuum.* Si se trata de los secretos de la otra vida, èl penetra el misterio impenetrable de la predestinacion, haciendo reverente obsequio à un Escrivano, à quien miraba ya, no solamente predestinado, sino Martir. Si se trata de Profecias, Antonio despues de anunciar en su vida mil sucessos, dà una sola ogeada antes de morir, y vè todos los honores, que Dios le tenia decretados en el mundo despues de su muerte. Ay Señores! Y quàn to viò Antonio en aquel abrir de ojos! Mira en Padua un Templo dedicado à su nombre, y trabajado à porfia, de la piedad, de la arquitectura, de la riqueza. Mira llegar à su sepulcro à los Emperadores, à los Reyes, à los Príncipes, y dejar alli en tributos de obsequio, y de devocion dadivas riquíssimas para su culto. Mira levantarse à su gloria tantas Iglesias en las Ciudades, tantos altares de su nombre en las Basílicas, tantas imagenes fuyas en los altares, tantas Cofadrias, y Congregaciones en todo el mundo. Mira en Padua, y en Lisboa milagros de escultura en tantos marmoles, colocados alli para panegiristas eternos de sus milagros. Mira las peregrinaciones, que de todas partes, y toda calidad de Personas hacen à su sepulcro, para adorar el preciosíssimo deposito de su cadaver. Mira incorrupta su lengua despues de muchos siglos triunfadora adorable de la edad, y burladora de la muerte, por haver servido de organo al Espiritu Divino, y digna por esto como la mano de Osualdo Rey de Bretaña, (1) por sus misericordias, de no su-

(1) *Nunquam inveterascat hæc manus*, dijo Adriano, Obispo Lindesfar, admirado de ver à Osualdo tomar de la real mesa todos los vassos mas ricos, y preciosos, y entregarlos à su Mayordomo, para que los repartiessè entre los pobres, que havian acudido à recibir su acostumbrada limosna, y no podian ser socorridos entonces todos por havàrse acabado el pan. Joan. Bapt. Fulgos. Lib.4. y Adr. Ebor. de liberalit.

sugetarse jamàs à la corrupcion. Mira finalmente Antonio en aquel raptò, que no havrà Purpura en adelante, que no se inflame en su afecto, no havrà Mitra, que no promueva sus glorias, no havrà Cetro, que no se incline à su nombre, no havrà Cavallero, que no haga punto de honor serle devoto, y no havrà Pueblo, que no corra à presentar sus supplicas à tan gran Santo.

Aora, pues, si Dios hizo tan autorizado para con el mundo à su amigo Antonio, se deja entender quan admirables serian los efectos de su predicacion, quan raras, y frequentes las conversiones, y quan fuera de todo comun estílo las maravillas. Desde el tiempo de los Apostoles dudo haya tenido la Iglesia, quien con mayor empeño, y felicidad haya mantenido sus derechos contra la impiedad, y la heregia. No serà facil señalar otro Predicador, que con el estrepito ruidoso de prodigios, se haya hecho oír de los pecadores con mayor fruto. Los Templos mas magníficos de España, Francia, y Italia eran estrechos à la multitud inmensa de los auditorios. Las plazas eran cortas para dar aun difícil, y penosa acogida al gentio, compuesto de Nobles, de Plebeyos, de ricos, de pobres, de doctos, de ignorantes, y en una palabra, de toda calidad, y de todo sexo. Era menester para hacer menos imposible oír al Predicador, sacar el Pulpito à las campañas. Pero ni aqui era facil poderle oír, si Dios no diera virtud à su voz, y renovando el prodigio de Jerusalem en el dia sacratíssimo de Pentecostes, hiciessè que hablando Antonio en su propio idioma fuessè no solamente oido, sino entendido de todos. Espectaculo ciertamente digno de arrebatat la admiracion del mismo Cielo. Veianse antes de amanecer cubiertas las campañas de Pueblos enteros, llevados en orden, de los Magistrados, y conducidos en procesiones devotas por los Obispos. Aqui aguardaban con igual impaciencia al dia, que al Predicador. Las vigili-
as, y las fatigas les eran dulces por la esperanza de ver ama-

necer juntos en su Emisferio dos soles. Sufrian pacientes todas las molestias de las trabajosas noches, y caminos, con la confianza de verse luego libres de otras tinieblas mas dañosas, que las de la noche. Saludaban las escasas luces de los primeros albores, como mensageras de un planeta de virtud mas vivifica, que el mayor del Cielo. Salia Antonio de su Convento rodeado de numerosas milicias para defenderle de la indiscreta piedad. Dejase ver vestido de un saco despreciable, descalzo enteramente, macilento, los ojos caidos. Lleva escrita en el rostro la fantidad, y toda su exterior apariencia es de una penitencia amable. No necesita de intimar silencio, y mucho menos de pedir la benevolencia, y atencion. Esto es bueno para que lo haga un Ciceron, un Julio, un Demostenes, y quantos leemos sus preceptos en la Oratoria. Quien no tiene para con el auditorio la reputacion, y credito de nuestro Santo, es menester usar mil artificios para tener benevolos, y atentos à los oyentes. Antonio basta ser visto para ser oido con veneracion, y con aplauso. Antes que empiece à hablar todos se disponen à oirle, y no se advierte en el auditorio, sino modestia, recogimiento, y silencio. Apenas despliega sus labios vierais, que como si cayera fuego del Cielo sobre sus cabezas, comienzan à sentir una llama tan ardiente en sus corazones, que cada uno de los oyentes puede decir con Jeremias: *De excelso misit ignem in ossibus meis, & erudit me.* (1) Repentinamente se mudan voluntades, se destierran afectos, se abandonan intereses, se olvidan ofensas, y se arrancan hasta las raices mas profundas de los pecados. No se ve por todas partes sino compuncion, no se oye otra cosa mas frecuentemente, que suspiros, no se mira en los ojos de los pecadores sino lagrimas. Quien combida con la paz al enemigo; quien la acepta. Aqui se abjura la heregia; alli se renuncia,

(1) Tren. cap. i. v. 13.

y se detesta la impiedad. Este se retira al Claustro, aquel corre à sepultarse en una cueva. Quedan las riquezas sin aprecio, abandonados los juegos, sin estimacion las galas, y los teatros sin frecuencia. Buelve al talamo la fidelidad, entra à reinar la paz en las familias, recobra sus derechos la Religion, prohibense con severissimas penas las usuras, triunfa de la dissolution la modestia, levantasele el destierro à la piedad, domina en los Pueblos como soberana la virtud, y saca la cara en publico la honestidad. Era tal el penitente fervor, que infundia en el corazon de sus oyentes, que heridos de un dolor agudissimo de sus culpas, salian de sus Sermones azotandose desapiadadamente con ramales, y cadenas; como si quisieran alejarse aun mas de los vicios ya fugitivos, bolviendoles la espalda, pero ensangrentada. Bastaria para arguir el fruto de la predicacion de nuestro Santo saber solamente, que en sus dias, y en sus oyentes tuvo principio la costumbre, oy tan introducida, de las publicas sangrientas penitencias; siendo Antonio el que recetò el balfamo de la sangre propia, para curar hasta las cicatrices del pecado. Quien podrà decir las conversiones, que hizo Antonio, ya publicas, ya privadas? En un solo Sermon convirtiò veinte y dos ladrones, no se si mas famosos, ò mas infames. Ellos fueron por curiosidad à experimentar la verdad de quanto el publico aplauso voceaba de Antonio; y introduciendose con este proposito disimulados, no pudieron esconderse à las luces de nuestro Santo, ni librarle de las saetas de sus palabras. No consta que fuessen mas en numero, que veinte y dos los ladrones, que si fueran mas, no hay duda, que la impresion huviera sido igual en el corazon de todos. Estoy para envidiar la fortuna de aquel siglo. En un auditorio tan inmenso solos veinte y dos ladrones? Dichosos de nosotros, si en los concursos regulares tuvieramos solamente veinte y dos. Muy vacios han de estar los Templos, para que no excedan este numero, los que con perjuicio manifesto de la

humanidad, y de la razon defangran à los pobres, para beberseles toda la sustancia de sus venas. Yo sè, que semejantes tienen difícil remedio, pues no ostentando en el exterior apariencia de ladrones, solo son conocidos de los pobres, y ni aun estos los conocen, hasta que sienten la falta de la sangre. Todo un Antonio sería menester para reducirlos, y los Oradores que no tenemos tanto fuego en el corazon como nuestro Santo, no sacamos otro fruto, que el que corresponde à unas persuasiones llenas de tibieza, por no decir frias. Porque no hay duda, Señores, que es dificultosísima la conversion de pecadores semejantes. Son menester palabras, que sean flechas, amagos, que sean truenos, y sentencias, que tengan fuerza de rayos. San Juan Chrysostomo lo conoció así, viendo que predicando desde la Cruz el Salvador del mundo à dos ladrones, no los convirtió à los dos. De San Martin se celebra mucho haver convertido uno solo en la espesura de un monte, y San Francisco de Assis, habiendo asistido à la muerte de un medio ladron (que es decir un Avaro) no pudo reducirle.

Arguid de aqui vosotros, que gloria es de Antonio haver predicado à veinte y dos ladrones, y no haver havido en uno siquiera obstinacion, y dureza para resistirse. Si formais deste suceso una justa idea, os vereis obligados à creer, que Dios para obrar semejantes maravillas por el ministerio de Antonio, era menester que le amasse mucho, como à Moyses, (1) y le diese un equivalente de aquella vara, que puso en su mano, para comover los elementos, y los Cielos contra Faraon. Faraon? Este nombre me acuerda el de Exelino, y me pone en la precision, que no puedo evitar de darosle à conocer por sus señas. Faraon, y Exelino, ambos de un mismo corazon, y como se dijo: *Induratum est cor Pharaonis*, pudo decirse: *Induratum est cor Exelini*. (2) Ambos

(1) *Dilectus Deo, & hominibus Moyses*. Eccl. 45. (2) Exod. cap. 4.

tiranos, ambos de marmol, ambos obstinados; aquel à vista de los prodigios de Moyses, este, à los de Antonio. Esta diferencia havia entre los dos, que Faraon algunas veces, quando era herido, se compungia un poco, se suavizaba, y aun daba à Moyses algunas palabras de consuelo. (1) Exelino por el contrario, quanto más castigado, mas rebelde, quanto mas abatido, mas sobervio, quanto mas profundamente herido, mas obstinado, semejante por esto su corazon à aquella piedra, que con los golpes, y con la sangre, se hace mas solida, y mas dura. Vencido, y hecho prisionero en Milan, no solo deja de reconocerse, y humillarse, sino que muerde rabiosamente los cepos, se hiere à sí mismo, y cerrando los oidos à las proposiciones de paz, no quiere admitir de sus enemigos, ni aun la salud: tirano igualmente vencido, que vencedor. Era este General del Egercito de Federico el Cismatico, un hombre, que abusando de su fortuna, y siguiendo el genio de su crueldad, introdujo en Italia un estado peor, que el que introdujo Attila, Belisario, los Godos, y aun los Longobardos combidados de Narsetes à destruir el País, y conducidos de Alboino su Rey, hombre cruel sobre todo encarecimiento. (2) Dejose caer Exelino sobre Italia como un torrente de ira, y de furor. No solamente entraba à saco las casas de los Caballeros, y los Obispos; pero ni aun los Templos (que en tiempo del ferocissimo Alarico destruidor de Roma fueron respetados) gozaron aora de su inmunidad, robando Exelino sus mas preciosos muebles, y llenando de otra sangre, que la de Jesu Christo, sus altares. Padua, y Verona fueron las Ciudades, que mas de lleno recibieron los golpes desta furia. No se contentaba con dar muertes, sino que le dolia dejar vidas, y puntualmente como Faraon, queria borrar todo vestigio de las familias mas nobles. Sus pérdidas quan-

(1) Exod. cap. 8. v. 28. (2) M. Florez Clav. Hist. figl. VI.

do las padecia, eran furios propios, sus vitorias eran exterminios, llegando en Verona su crueldad à degollar à sangre fria ya, once mil personas. Si quedasse en las parentelas, quien en los ojos, ò en el vestido manifestasse sentimiento por la muerte de los amigos, y aun de los Padres, sería delito hecho à su grandeza, ò por decirlo propiamente à su tirania. (1) Le bastaria à Exelino ver à alguno vestido de luto, ò con las lagrimas en las pupilas, para mandar luego al verdugo, que atajasse las corrientes de los ojos con un lazo, ò que cortasse la raiz del dolor con el hierro. Un corazon de semejante temperamento, de què fuerza os parece necesitaba para ablandarse? Parecia necessaria una virtud, que arrancandole invisiblemente de su pecho el corazon de piedra, substituyesse otro de carne, segun aquella promessa de Ecequiel: *Auferam cor lapideum, & dabo eis cor carneum.* (2) Si Antonio tuvo, pues, una virtud semejante, juzgado vosotros, yo solo os dirè lo que obraron sus palabras en el corazon de Exelino. Penetrò nuestro Santo las trincheras del Egercito, y llegando à la tienda del General se afrontò con èl. Se puso muy de proposito à condenar sus irregulares procedimientos, le afeò los ruidosos escandalos, con que tenia turbada la Italia, le tratò de vivora venenosa, que despedazaba las entrañas purísimas de su Madre la Iglesia; de sangriento lobo devorador de carne humana; de Barbaro inhumano, quebrantador de los fueros de la humanidad; de fiera indomita, à quien no aplaca el rendimiento, y la sumision. Y en una palabra, le habló con tanta libertad, y le reprendiò con tanta severidad, y defabrimiento, que los Oficiales, y Soldados tenian puestas las manos à las espadas, esperando por momentos la seña para despedazarle. Pero què maravilla oyentes! El Tirano recibe las reprehensiones de Antonio no solamente sin enojo, pero con gusto. Sufre pa-

(1) Chron. Corn. vid. de S. Ant. 2. p. fol. 334. (2) Eceq. cap. 11. v. 19.

paciente quanto quiere decirle, tolera humilde quantas amenazas le hace, pierde el color del rostro, cubrese de palidez, llenase de un mortal sudor, empieza à temblar: quereis saber mas? Echase una soga al cuello, cae à los pies de Antonio, alli gime, alli llora, alli suspira, alli confieffa sus delitos, alli promete la satisfacion, alli jura la emienda de su vida, y dando todas las señas de una penitencia bien circunstanciada, pide perdon à nuestro Santo, y le interesa para conseguirlo de aquel Dios, que fiendolo de las venganzas, mostraba querer serlo para con èl, de las misericordias. Grande fue la gloria de San Leon, primero deste nombre, quando saliendole al encuentro à Attila Rey de los Hunnos, llamado por su crueldad: azote de Dios, le habló con tanta autoridad, que desarmandole repentinamente, le obligò à retroceder; levantando la mano de los estragos, que iba à egecutar en el corazon de la misma Roma. Nada inferior fue la gloria, que se le diò à San Bernardo, por haver derribado à sus pies como humilde corderillo aquel sangriento lobo Guillermo, Duque de Aquitania, hombre famosísimo en su siglo por su crueldad. Tuvieron uno, y otro socorros soberanos para tales vitorias. Leon mientras hablaba à Attila, tenia à su lado un Personage, que revestido de Sacerdote, y con una espada en la mano se hacia visible à los ojos solamente del Tirano; Bernardo daba sus consejos, y reprehensiones saludables à Guillermo, teniendo entre tanto en las manos el Sacramento del Altar, y uniendose à un tiempo mismo en el corazon de Guillermo, las flechas, que disparaba Jesu Christo desde el Globo, y las saetas inflamadas, que despedian los labios de Bernardo. No le faltò à Antonio socorro semejante, pues como dijo el mismo Exelino à los Soldados maravillados de su mudanza, mientras nuestro Santo le estaba reprendiendo, viò salir de su rostro tantos rayos de luces, que le representaban temible igualmente, que respectable. Mas esta circunstancia nada perju-

dica la gloria de Antonio, antes por el contrario la levanta mas, pudiendose arguir de aquí quan acepto à Dios era su celo, pues para honrar à su Ministro, y mostrar quan tiernamente le amaba, diò las mismas pruebas à favor suyo, que de Moyfes, llenando de luces, y rayos el rostro de entrambos, pudiendose decir ya determinadamente de cada uno: *Dilectus Deo, & hominibus Moyfes. Dilectus Deo, & hominibus Antonius.* Antonio como Moyfes, que era siempre deposito de la mansedumbre, y de la dulzura, se porta con Exelino, como Moyfes con Faraon; y dejadas de puertas à dentro de su corazon toda suavidad, y blandura no demuestra en su semblante sino ceño. Conviertese en espíritu de terror, en espíritu de ira, en espíritu de fuego, en espíritu de fortaleza, no solamente contra Exelino, si tambien contra todos los hereges, los quales como por fuerza del terrible tormento, que les daba con sus golpes, confesaron à pesar suyo, deberse llamar Antonio el martillo de la heregia. (1)

Y sin embargo, Señores, de las gracias *gratis datas*, con que enriqueció el Señor à Antonio, y la autoridad que le diò sobre los corazones mas obstinados, otros argumentos quedan mas concluyentes, para convencer la especialissima ternura con que le amò su Magestad. Aquel trato tan intimo à que le admitiò, no era prueba evidente, de que el Señor tratandole como su familiar, y su domestico le declaraba por sugeto de su amor mas cordial? Los Principes del mundo no acostumbra tener sus conversaciones privadas, sino con los que mucho aman. Ver à un hombre detenerse mucho con su Principe, es tenido por un principio cierto de su amor, y de su confianza. Quan tiernamente amaria Dios à Antonio, con quien se trataba como un amigo con otro

(1) *Malleus hæreticorum.*

amigo, segun que de Moyfes cuenta la Escritura? (1) Què muestras de amor recibiria nuestro Santo en aquellos dulces transportamientos tan frequentes? No hay duda que Antonio beberia con hartura, y deleyte la dulcissima leche del amor sagrado, mostrando tanta adhesion à estar siempre aplicado à los pechos de Dios. O! Y quantas veces huvierais visto à Antonio passar las noches enteras, inmoble, y fijo en los pensamientos del incomprendible ser de Dios, no pudiendose distraer à su arbitrio de la meditacion de aquel abismo de luz. Le huvierais visto rendido à los dulcissimos parafismos de caridad, olvidado enteramente de toda corporal necesidad, y aun insensible à todo dolor; semejante por esto à aquellos montes altissimos, que gozan de una apacible serenidad en su cima, mientras las Encinas de sus faldas son despedazadas de los aquilones, y los rayos. Le huvierais visto extatico por las calles, por las plazas, por los caminos, por las riberas del mar; y en el Pulpito no solamente extatico, sino levantado en el ayre engolfado en un mar de lagrimas, y en un diluvio de luces. (2) Mas què me detengo yo en dar pruebas de la fineza cordialissima con que el Señor amò à su siervo Antonio? Quiere decir mucho haverle puesto en estado de poder temer morir à las violencias dulces del amor, quien tanto havia suspirado acabar su vida à los barbaros golpes del furor humano. Se hace muy sensible la sinceridad del afecto de su Magestad à nuestro Santo, con decir; que le destinò en cierta ocasion un Angel para que le sirviessè de correo; que le llevó à Lisboa à hacer en la sala del Crimen el oficio de Abogado por su inocente Padre, sin dejar de hacer el oficio de Apostol en el Pulpito de Padua; que con un aliento inspirado à un Novicio de su Orden, diciendole al mismo tiempo: *Accipe Spiritum*

(1) *Loquebatur Dominus cum Moyse :: sicut solet loqui homo ad amicum suum.* Exod. cap. 33. v. 11. (2) *Sedul. in Coment. ad vit. S. Ant. c. 6.*